

Retos de la educación profesional y la calidad de vida. Un enfoque desde la educación de la arquitectura. Reflexiones del encierro.

Miguel Ángel Barrera R., Arquitecto Estructural y docente de la USMA

Resumen:

A partir del principio de pensar y hacer, y en el contexto del confinamiento obligatorio causado por la pandemia, se consideran las fallas de la sociedad, particularmente en lo ambiental, arquitectónico y urbanístico, que han salido a la luz ante la crisis sanitaria. Se analizan las medidas que resultan necesarias para resolver, a través de la formación profesional, algunos problemas inmediatos de adaptación y otros que surgirán luego de la pandemia.

Palabras clave: *calidad de vida, arquitectura formación profesión, urbanismo, sociedad, pandemia*

Abstract:

Starting from the principle of thinking and doing, and in the context of the mandatory confinement caused by the pandemic, the failures of society are considered, particularly in environmental, architectural and urban matters, which have come to light in the face of the health crisis. The measures that are necessary to solve, through professional training, some immediate problems of adaptation and others that will arise after the pandemic are analyzed.

Keywords: *quality of life, architecture training profession urban planning society, pandemic*

En el marco de la situación pandémica que azota el mundo, muchos se detienen a pensar hacia dónde vamos, con más insistencia y preocupación ante una encrucijada que los deja perplejos. Un problema filosófico que puede resultar incomprensible ante los ignotos motivos reales que impulsan la reflexión en esa dirección.

¿Cuál sendero debemos seguir para llegar al refugio? La cuestión no es tan simple. La pregunta no es nueva, ‘a donde nos lleve la historia... a dónde nos lleve el Hado, que en la historia es ley de libertad’ respondió de Unamuno.

La respuesta supondrá plantear retos, metas, estrategias, nuevos cuestionamientos, repensarnos, trazar el futuro que queremos vivir y poner los esfuerzos que sean necesarios. Pensar y hacer.

Aquí reflexionaremos sobre varios temas: educación y profesión, calidad de vida y arquitectura como medio (no como fin).

El encierro ha desatado muchos sentimientos, habilidades y motivaciones que por mucho tiempo se veían frustrados, truncados u olvidados por diversas razones. En cada caso, el conocimiento ejerce un papel preponderante para que cada individuo pueda desenvolverse de manera efectiva dentro del mundo social, aunque mantuviese reprimidas algunas cualidades, en ocasiones inconscientemente. Esa acumulación de conocimiento promueve el sentido de trivialidad y sentido común, a la vez que nos permite disfrutar de lo que conocemos como normalidad. Ahora bien, el tema es que nuestra normalidad ya no existe, todo cambió.

Entonces, ¿qué hacemos?

En lo individual, nos toca despejar la mente, revolver en el pensadero (como hacia Albus) y redescubrir esos pensamientos, preocupaciones, metas o ilusiones que alguna vez nos planteamos, y ponernos manos a la obra para lograrlos. En lo colectivo la cosa es más complicada, pues implica aplicar conocimiento colectivo, el cual es más difícil de aplicar que el conocimiento individual, aunque hay que reconocer que la aplicación de conocimiento colectivo brinda soluciones más duraderas, pero más difíciles de desarrollar. Aquí radica el reto de nuestro primer tema: educación -circunscrita en la academia universitaria- y profesión.

La dinámica de la vida social, aunque sea vía telepresencia como la estamos llevando, permite que las profesiones resalten, sean reconocidas y valoradas por el aporte de bienestar y desarrollo que brindan. Me refiero al empleo, facultad u oficio que alguien ejerce y por el que percibe una retribución, según define RAE profesión. Este planteamiento sustenta la trascendencia de la educación universitaria, los procesos de enseñanza que hoy se llevan desde las aulas de la realidad virtual. Procesos que siguen llamados a realizarse desde una visión integral de la educación, no solo de las materias individuales, sino de la colectividad que completan el plan de estudios y valores de la universidad. Se ha de continuar formando a los hombres y mujeres que, con los conocimientos adquiridos, habilidades desarrolladas y la internalización de principios y valores, servirán a la sociedad. Asimilar principios y valores demanda un esfuerzo para que el concepto llegue a formar parte de la personalidad, aquí reside el mayor reto docente. Es cierto que ser facilitadores y transmisores del conocimiento colectivo no es fácil, pero infructuoso e imperdonable sería que se realice efectivamente la transferencia de conocimiento sin lograr que se materialice el alto grado de compromiso consigo mismo requerido para que el futuro profesional internalice los principios y valores necesarios para ejercer su rol en la sociedad. No lograr esa asimilación aumentará el déficit de liderazgo que venimos sufriendo. Quien no admita o acepte sus errores, tampoco aceptará consejos de los demás, lo que implica ausencia de cambios, un evidente desinterés en experimentar mejoras en la personalidad, falta de compromiso consigo mismo. Un verdadero líder se reconoce imperfecto, y está dispuesto a cambiar en busca de la perfección. ¿Qué hay mucho trabajo?, desde niños nos inculcan comportamientos basados en el egoísmo. Pensemos en las fiestas infantiles de cumpleaños y la famosa piñata que no podía faltar: arrebatar y quitar a los demás con el objetivo de acaparar para uno mismo. Y así una serie de

actividades “culturales” desviadas. Hay que enrumbar los esfuerzos en revertir estos patrones, comenzando siempre en lo individual. Las casas de estudios suelen demostrar su preocupación por el “perfil del egresado”, el producto que envían a la sociedad: el profesional; pero se observa poco interés en reclutar y formar el cuerpo docente para asegurar que sean profesionales que hayan asimilado los principios y valores que se pretende sean cultivados en los estudiantes. No se puede dar lo que no se tiene. No se puede inculcar principios y valores que no se poseen. Allí está el reto para la educación y profesión.

La cuarentena ha dejado en evidencia muchas fallas sistémicas, una de ellas es cómo ha ganado muchísimo terreno el apetito voraz del negocio inmobiliario que, en aras de mejorar los “tontos” porcentos de las utilidades, se han hecho con la eliminación de espacios ‘no fundamentales’ que ahora se echan de menos en muchos hogares para tolerar el encierro. La crisis ha dejado al descubierto la falta de valor que se le da al espacio público, por estar centrando los esfuerzos en resolver un estilo de vida basado en la movilización individual y no en la colectiva. Aquí aplica lo mismo, es más fácil resolver lo individual, aunque las soluciones colectivas son más duraderas, pero más difíciles de desarrollar. Ojalá se cree la consciencia colectiva de la importancia que tiene el espacio público, ese parque, esa acera, ese comercio de barrio al que puedes ir a pie o en bicicleta. La incertidumbre debería provocar un replanteamiento integral de estos espacios, entendiendo profundamente para qué deben ser creados, más allá del corto plazo o el uso como anzuelo para lograr las ventas de unidades departamentales de vivienda u oficina. La emergencia pone de manifiesto los retos medioambientales. Se ha demostrado que los líderes de las naciones, si se lo proponen, actúan en consecuencia de las necesidades inmediatas. Las universidades y la sociedad han de mantener el tema ambiental en agenda: incluir criterios de calidad biológica y calidad de aire en nuestros centros urbanos. Preocupa la migración humana desde los campos hacia las ciudades. ¿Quién continuará trabajando la tierra para resolver la problemática alimentaria? Seguir densificando los centros urbanos hace más complejo el control de pandemias.

La crisis nos despertó, ahora estamos más omnipresentes que nunca. Hiperconexiones, virtualidad a su máxima expresión, un resultado perfecto del concepto globalización, tanto en la transmisión del virus, como en el desarrollo y aplicación de tecnologías para continuar con nuestras vidas. El factor que se ha de analizar ahora es arquitectura y calidad de vida. La flexibilidad de los espacios será estudiada con más profundidad, el cambio del modelo económico forzarán a que los edificios existentes puedan adaptarse y reutilizarse, lo que conlleva plantear nuevas normativas para cumplir los criterios de adaptabilidad y flexibilidad. Los entendidos en la materia, especialmente expertos docentes universitarios con amplio conocimiento del mercado, deben liderar las discusiones que permitan definir esas normativas. Estos cambios requeridos en las normativas no solo aplican para el uso de edificios o espacios públicos, sino también para la realización de las clases virtuales, definiendo las materias que realmente requieren de una presencia física, y permitir mayor aplicación de la virtualidad una vez se abran todos los bloques cesantes. Cambios en vías de mejorar la calidad del aire exigen cambios en la organización del espacio. Corresponde a las facultades de arquitectura replantear el uso de sistemas de aire acondicionado, el cual, además de representar un ahorro significativo en la operación y consumo de energía, será una contribución al cuidado del ambiente. Se debe impulsar la creación de investigaciones que fomenten el análisis de cómo deben cambiar los materiales arquitectónicos centrados en construir ciudades y espacios más sostenibles y saludables. El problema de la migración de

la gente del campo hacia la ciudad no va a cambiar. Hemos de proponer soluciones que integren la vida en la ciudad y la producción alimentaria. Un volver al origen, en sentido de autoproducción de alimentos, sin desmejorar las condiciones de calidad de vida. Pensar las condiciones que afectan el continuar e intensificar el desarrollo del campo para convertirlos en ciudad, pues un crecimiento descontrolado podría ser contraproducente.

La arquitectura y el urbanismo se adaptan con el paso del tiempo a las nuevas realidades, recordemos que ambas disciplinas se basan en conocimiento colectivo. Se van incluyendo nuevos conceptos de seguridad e innovación. Contamos con logros de desarrollo y aplicación de tecnologías adaptables a construcciones que disminuyen los tiempos de construcción, y por ende los costos; mediante materiales, sistemas constructivos y estructuras que permiten edificar a velocidades sorprendentes. La tecnología disponible ha definido los métodos constructivos y, por ende, la arquitectura cambiando la morfología de las edificaciones, y produciendo cambios vertiginosos en la fisonomía de las ciudades. Ya en nuestra ciudad se logra ver edificios amorfos, con geometrías muy irregulares y dinámicas; producto de las herramientas tecnológicas que desde el diseño y construcción hasta la ocupación de los edificios permiten estos avances. Pero, ¡la calidad de vida no está en la forma!, está en la función y en la correcta definición de los espacios diseñados tomando en consideración todos los aspectos de la vida que se desarrollará en ellos. No podemos quedarnos cortos en el alcance tecnológico ni tampoco en lograr soluciones eficientes que realmente den calidad de vida. Esto pone a prueba nuestra disponibilidad y actualidad del stock de conocimiento colectivo y la capacidad de aplicarlo. Adquirir conocimiento se logra de forma íntima y subjetiva, dentro de situaciones que pueden ser rutinarias o problemáticas. Vamos rumbo a convertir una situación problemática, que requiere de una interpretación posterior al no ser parte de nuestro acervo, en una nueva normalidad volviéndola rutinaria, que de por sí ya contamos con soluciones automáticas. Es decir, que después de una reflexión retrospectiva, analizamos, comprendemos e integramos al sentido común, al conocimiento individual. Como mencioné al inicio de esta reflexión, el conocimiento ejerce un papel preponderante para que cada individuo pueda desenvolverse de manera efectiva dentro del mundo social, de esta manera al experimentar una situación específica, mediremos los resultados aumentando nuestro conocimiento individual, que luego al aplicarlo y compartirlo aumentamos el conocimiento colectivo.

Los retos son grandes, pero se atienden desde lo pequeño y de forma individual. Una cosa a la vez. Con determinación, perseverancia y optimismo se logra el resultado esperado. Lo importante para iniciar es reflexionar sobre la realidad que vivimos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Cada uno, desde su trinchera, procurando aumentar el acervo. La historia nos demuestra que nuestro principal enemigo somos nosotros mismos, que podemos limitar nuestras acciones con pensamientos no adecuados. Los docentes y profesionales tenemos una meta trascendental: practicar un ejercicio profesional ejemplar y transmitir el conocimiento individual; lo que implica entrega, pasión, responsabilidad, honestidad, compromiso y respeto en grandes dosis. Virtudes humanas que requieren del cultivo metódico y constante para hacerlas parte de la personalidad. Estamos obligados a superar nuestros malos hábitos (vicios) y lanzarnos en la consecución de los buenos hábitos (virtudes). La realidad reitera que estamos dispuestos a aprender y estudiar en entornos flexibles, tendencia que tiene un papel importante y un potencial que apenas comenzamos a explorar con las clases virtuales. La pandemia nos ha obligado a hacer compatible, en un mismo ambiente, actividades

laborales, familiares y personales. Las clases virtuales y el teletrabajo ofrecen mayor autonomía e independencia para el desarrollo del propio proceso de aprendizaje. Toca buscar favorecer la motivación intrínseca de lograr el conocimiento individual, este sería el reto del docente o el profesional, pues una clase virtual o el teletrabajo no es para nada parecido ni comparable con las clases presenciales o el trabajo en una oficina. La virtualidad tiene muchas ventajas, y los primeros resultados son positivos, poco a poco nos vamos adaptando a cumplir nuestros deberes de forma virtual hasta donde las condiciones particulares lo permitan. Hay herramientas para todo, los avances tecnológicos en el desarrollo de aplicaciones dedicadas lo demuestran: desde hacer una encuesta, usar un tablero digital, dejar grabadas las clases o reuniones para futura referencia, hasta llevar una bitácora digital de todo lo realizado o escribir este artículo desde la comodidad de un sofá escribiendo directamente en el teléfono móvil, por citar solo algunos ejemplos.

La virtualización de la educación demanda incorporar tecnologías y adquirir competencias de parte de todos los actores. Igual pasa con el teletrabajo. La disciplina es una virtud esencial para el éxito en esta modalidad. A pesar de la existencia de manuales de buenas prácticas y el cumplimiento de sus lineamientos, se requiere del compromiso de cada actor. Hay que mantener la motivación, esto no se logra con herramientas digitales. Se logra teniendo metas claras, objetivos públicos e interesantes, y lo más importante trabajo en equipo.

La situación actual no termina de traer sobresaltos, una crisis se caracteriza por no ser calmada ni pausada, está en constante evolución. Las consecuencias radicales a las que nos hemos tenido que adaptar y readaptar durante el proceso de la crisis, así como los cambios profundos y súbitos, nos obligan a plantearnos hacer una revolución. Al inicio de la pandemia reflexionaba sobre la revolución arquitectónica: materialidad virtual. Hoy concluyo que hay que ir a por más. La revolución debe ser integral, la educación, el comercio, el desarrollo, todo va a cambiar; hemos de prepararnos y ser lo suficientemente flexibles para superar esta dura etapa de cambios. Confío en que saldremos victoriosos, con mayor conocimiento y experiencia, siempre que metamos el hombro para lograr los cambios necesarios que se requieran ante esta adversidad.

